

Clásicos al día El soñador discute con el espíritu de un monarca sobre la inmortalidad del alma

El Metge más escritor

Bernat Metge
El somni
Alba Dedeu
Versión de Bernat Metge

Bernat Metge
El somni
Versión de Alba Dedeu

BARCINO
140 PÁGINAS
14 EUROS

ADA CASTELL

Hoy tenemos que retroceder hasta finales del siglo XIV y adentrarnos en la corte del rey Joan I. Puede parecer un viaje difícil, pero a través de este sueño y, sobre todo, a través de la versión actualizada de Alba Dedeu, el reto es posible. Si el libro ha sobrevivido seis siglos es por la habilidad del autor para hablarnos de las grandes preocupaciones de la baja Edad Media con un tono vivido: que si la inmortalidad del alma, que si el designio divino, que si la excesiva permanencia en el purgatorio... Ahora leemos estas líneas con otra mirada y es por ello que, con más claridad que nunca, nos damos cuenta de los aciertos de Bernat Metge como escritor.

En un solo párrafo es capaz de brindarnos un repaso de Empédocles, Zenón, Aristóteles... y todos aquellos que en la Grecia clásica se enfrentaron a discutir sobre el alma. Para hacer esta pirueta se necesita dominar mucho el tema. El destino quiso que Metge se convirtiera en secretario real, profesión que exigía saber latín en todos los sentidos del término, es decir, tener una buena base cultural y filosófica y saberse mover por la corte. Prueba de que se le daba bien es que mantuvo el trabajo tras la muerte de su protector, el rey Joan, continuando con Martí l'Humà, que lo absolvió de las acusaciones de negligencia y corrupción.

La gracia argumental de *El somni* nos la encontramos desde las primeras páginas. Un tal Bernat yace en la habitación de una antigua prisión debido a unas falsas acusaciones. De pronto, al personaje le viene un deseo muy fuerte de dormir y cae en un sueño profundo. En el sueño que tiene se le aparece el espectro del rey. El monarca brinda todos los argumentos para defender la inmortalidad del alma, ya que él mismo, muerto hace poco, es una evidencia de ello. El diálogo con el rey nos permite ir captando hasta qué punto Bernat puede mostrarse inocente e, incluso, descreído, un recurso que permite a Metge sincerarse sobre sus propias dudas.

El rey, sin embargo, no está solo en este viaje para convencer a Bernat y enderezarlo. Le acompañan las figuras mitológicas de Orfeo y Tiresias, que también dirán la suya. Este último lanzará una diatriba contra las mujeres –a la manera de Boccaccio, explica Dedeu– que nos conducirá al final del libro, cuando Bernat se dedica a defenderlas. Como suele ocurrir en estos casos, uno no convencerá al otro. Todos juntos, sin embargo, acabarán satisfechos de este sueño que ha conseguido que Bernat abandone sus convicciones heréticas. Ahora sólo tocará escribirlo para que, pasado el tiempo, nos llegue servido en esta colección de “Tast de clàssics”. |



Bernat, el protagonista, yace en la habitación de una antigua prisión cuando cae dormido y empieza el sueño...
GETTY IMAGES

Fotografía de dos soldados tomada en el 2004 en Al-Amara, 180 km al norte de Basora, en el sur de Iraq
MARCO DI LAURO/
GETTY IMAGES



Novela bélica La primera obra del joven autor Kevin Powers parte de experiencias personales para dar una visión tremenda de la guerra

La niebla de Iraq

Kevin Powers
Los pájaros amarillos
Traducción de Jesús Gómez Gutiérrez

SEXTO PISO
190 PÁGINAS
18 EUROS

GABI MARTÍNEZ

Entre los distintos modos de enfrentar el relato de una guerra hay uno que pasa por no aludir a las banderas, como subrayando que la guerra niega todas las razones, y si hubo alguna razón para la mayoría de combatientes quedó pronto sepultada, porque tras las batallas la única insignia que marca para siempre a una persona es la de la propia guerra, una bandera en sí misma. Un horror que disuelve los motivos que la originaron llenándolo todo de tragedia y de una especie de niebla que solo poetas como Kevin Powers saben escribir.

Powers (Richmond, Virginia) cuenta con la lamentable ventaja de ser portador de esa niebla desde que en 2004 y 2005 se encargara de una ametralladora en Iraq. Tras las balas trazadoras, los miembros amputados o la extraña solidaridad sentida hacia cadáveres de hombres que no habrían sido sus amigos en otras circunstancias, Powers salvaguardaba lírica suficiente para compartir su niebla de una forma tan hermosa y desoladora que imprime a los acontecimientos una pátina conmovedoramente surreal, emparentada, por ejemplo, con la que logró Malick en *La delgada línea roja*. La estupenda serie *Homeland*, basada en el retorno de un exsoldado USA a casa, también comparte algo con el libro, pero en este caso tiene que ver con alguna forma de rencor.

En esta, su primera novela, Powers no ha necesitado ni 200 páginas para condensar la pesadilla, que fluye con la calma de un implacable río, arrastrando imágenes, pensamientos y sueños solo posibles en un infierno. Un infierno que solo alguien que se batió en él puede aprehender con semejante detalle y vívido sosiego, señalando

gestos tan reveladores del trauma como el instinto de apretar un fusil que ya no está, reflexionando sobre la tenue línea que nos separa del suicidio o sobre la más que relativa felicidad de haber sobrevivido: “Cuando estás muerto, no sueñas. Yo sueño. El sueño de los vivos, aunque no daré gracias por ello”. La historia, narrada por el joven Bartle, presumible alter ego del autor, habla de su amistad con el novato soldado Murphy, y de la insana admiración que todos sienten hacia el sargento Sterling, veinteañero embrutecido por la violencia pero indispensable para mantenerlos vivos. Bartle alterna su relato en Iraq con los recuerdos que le atormentan una vez ha vuelto a Richmond... sin Murphy. El asesina-

El autor conoció el horror cuando en el 2004 se encargó de una ametralladora durante el conflicto

to de su compañero empeora la tortura del retorno. Y es que sucedió algo allí. Algo que sólo Bartle y Sterling conocen.

Powers ha logrado el fraseo de una música muy triste elevada por verdades resplandecientes: “...deberían odiarme por lo que he hecho y me desespera que me quieran por eso”. Hoy, Tom Wolfe le aclama y algunos lo añoran a los altares de la literatura bélica junto a Norman Mailer, Hemingway o Tim O'Brien gracias a esta historia que tiene el aire de haberse escrito un poco sola, quizás al autor hasta le haya parecido fácil. Aunque, como diría Sterling: “Soldado, olvídate el filo que has conseguido porque ese filo es ahora lo normal”. |